

FRITZ STERNBERG, *La revolución militar e industrial de nuestro tiempo*. Traducción de Francisco González Aramburu (México: Fondo de Cultura Económica, 1961) 371 págs. ✓

En todas las épocas —pero especialmente en la Edad Moderna— ha habido ciertas palabras que han sido capaces de reclamar la adhesión de grandes contingentes humanos en Occidente. Lo que ha pasado es que estas palabras —tómese por ejemplo la trilogía de libertad, igualdad y fraternidad durante la Revolución Francesa— han logrado expresar tan cabalmente las aspiraciones del hombre occidental, que se convierten en símbolos de su lucha emancipadora frente a las fuerzas retrógradas que desean revertir al antiguo orden de cosas. Dentro de este contexto, la palabra “revolución” ha creado hoy en día la consabida polarización de fuerzas, a menudo antagónicas, entre los que reclaman para sí el manto de los “auténticos” revolucionarios y los que combaten toda revolución por su carácter indudablemente “izquierdista”. No obstante, e incluso para aquellos que ven en el símbolo de la revolución el elemento potencial para un desencadenamiento de fuerzas diabólicas, es ya manido el tema de que vivimos en una época “revolucionaria”. Como toda revolución es de suyo un proceso radical que marca un vuelco violento del orden social y político existente, no puede negarse que hay varios acontecimientos: la liquidación del coloniaje y la desintegración de los grandes imperios europeos, el nacionalismo de los países afro-asiáticos, el descubrimiento de la energía atómica, que de por sí han alterado radicalmente la perspectiva del mundo de hace veinte años.

Fritz Sternberg nos ofrece en este libro el fruto de sus reflexiones sobre los cambios que hoy afectan —no meramente a los países occidentales— sino al mundo en su totalidad. Ya no hay países al margen de la historia. Si hay países cuya pobreza extrema requieren la atención de los países que actualmente son los líderes de sus respectivos bloques de poder: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Resulta en extremo paradójico que cuando la humanidad tiene en sus manos el poder para abolir la pobreza, el mundo se encuentre dividido en un grupo de países “ricos” y uno de países “proletarios”. Sternberg cree que el día de la abolición de la pobreza, una vez que se haya consumado lo que él llama “la segunda revolución industrial” podrá lograrse en un futuro no muy lejano. Su tesis es —y este es el meollo de su argumentación— que dicha segunda revolución industrial tiene que entenderse a la luz de una revolución que le sirve como antecedente y como causa eficiente: la revolución militar.

Podemos hablar de una “revolución” militar porque, por vez primera en la larga historia de la humanidad, se han creado armas de una

destruictividad tal que, de ser usadas, acabarían de un solo golpe con miles de millones de seres humanos. Ya la famosa aseveración de Clausewitz, en el sentido de que la guerra es meramente la continuación de la política por otros medios, ha perdido su significado original. Pues hoy la guerra, ante la extraordinaria pérdida de vidas que conllevaría el uso de bombas atómicas, sería, no la continuación de la política por otros medios, sino la total cesación de la política como actividad humana. Mientras los Estados Unidos poseían el monopolio de dichas armas, dice Sternberg, era posible concebir que su enorme fuerza impediría a los demás países lanzarse a nuevas guerras. Tan pronto como la Unión Soviética logró manufacturar su propia bomba atómica, el "balance del terror" entre estos dos colosos cobró el cariz de una realidad ineludible. Sternberg considera que, mientras exista dicho balance, el peligro de una guerra nuclear —aunque siempre inminente— sin embargo podrá conducir a Rusia y a los Estados Unidos a una especie de "modus vivendi", basado en el miedo a la guerra nuclear que existe en ambos países. Dos cosas, sin embargo, podrían poner en peligro dicho equilibrio: el número cada vez más creciente de miembros que entran al Club nuclear, y la posibilidad de que tanto EE. UU. como la U.R.S.S. se lancen a ciertas guerras "pequeñas", o "limitadas", que puedan servir como chispa para encender el holocausto.

Sternberg, asumiendo que dicha conflagración no habrá de desatarse, apunta hacia lo que él ve como las consecuencias de dicha revolución militar para una segunda revolución industrial. Su tesis es que nos confrontamos con un hecho histórico que no había tenido precedentes en la historia de la humanidad: la revolución en la tecnología militar ha creado las condiciones para el desencadenamiento de fuerzas previamente inaccesibles a los hombres, y que hoy parecen augurar —mediante su uso pacífico— una era en donde pueda finalmente hablarse de la abolición de la pobreza como algo alcanzable en un futuro cercano. El autor hace la salvedad de que todavía no hemos llegado, a esa etapa de abundancia material, —él relega dicha era para el 1975—, pero sin embargo ésta está, por lo menos potencialmente, a nuestro alcance. Claro que Sternberg no es ciego a la situación de los países proletarios del mundo, consumidos por situaciones de extrema pobreza, pero él ve esperanzado que el uso de la energía atómica para fines pacíficos y la automatización podrán, en el futuro, acelerar considerablemente el cambio de estas sociedades de su condición feudal a etapas más avanzadas de desarrollo económico. (Con miras a lograr este fin, el autor considera que los países ricos del mundo deberán asignar por lo menos el 1% de su producto nacional

bruto para ayudar a los países infradesarrollados económicamente en su lucha contra "el círculo vicioso de la pobreza").

Según Sternberg, la segunda revolución industrial se distingue técnicamente en tres campos principales: 1) la explotación pacífica de la energía atómica; 2) la automatización parcial y completa de la producción industrial; y, 3) máquinas de calcular electrónicas controladas que revolucionan radicalmente el trabajo de oficina. En esta segunda revolución industrial, contrario a la primera, "la humanidad avanzaría paso a paso hacia un proceso que hasta ahora sólo ha sido ejecutado por la naturaleza, a saber la *producción real de fuentes de energía*". Este proceso, repito, no es algo que Sternberg considere como asequible a nosotros hoy. Su visión es que estamos *evolucionando* hacia un estado de cosas en donde los tres campos tecnológicos que mencioné arriba podrán manifestarse plenamente. *Entonces* será cuando el proceso cobrará un carácter verdaderamente revolucionario. La jornada de trabajo de cuatro días, la abolición de la pobreza, la redistribución del ingreso de manera que no haya un hiato demasiado profundo entre los muy ricos y los muy pobres, todo eso podrá lograrse en los países industrialmente avanzados. Eventualmente, todos estos beneficios se harán accesibles también a las masas de los países proletarios.

Todo esto está sujeto como es natural, a unos enormes "si"... "Si la humanidad aprende a controlar y guiar la revolución militar", escribe Sternberg, "si la humanidad logra eludir el desastre de la guerra nuclear, entonces, en su desarrollo ulterior, la segunda revolución industrial será un factor importante que fortalezca progresivamente las tendencias conducentes a la historia mundial". Esa es también nuestra esperanza, pues todos queremos olvidar el enorme riesgo que conlleva para la existencia de la humanidad una guerra nuclear.

Pero hay algo más... Las mismas condiciones que hacen posible la jornada de cuatro días y la abolición de la pobreza vacían al trabajo de todo sentido para el individuo que lo practica. Acontece entonces lo que Sternberg llama la "deshumanización" del trabajo, que es su término para designar la alienación o enajenación del hombre contemporáneo. Este rasgo de la sociedad contemporánea —que se ilustrará en su forma más desnuda, según el argumento del autor de este libro, en la plenitud de la segunda revolución industrial— confrontará al hombre con el problema adicional de qué hacer con el nuevo ocio que se le brinda. Esto puede conducir, en el peor de los casos, a un acoquinamiento que le impida verdaderamente disfrutar —no ya del trabajo que realiza— sino incluso del ocio que ha conquistado. El resultado puede ser entonces la total deshumanización

del hombre, marcando ya definitivamente el advenimiento de la era del "cheerless robot".

Ante esta perspectiva nada halagadora, se me ocurrió pensar que tal vez la fecha de la plenitud de la segunda revolución industrial no será 1975 —como dice Sternberg— sino 1984. Pues tal parece que si no despertamos en plena pesadilla orwelliana, tal vez amaneceremos un día con la escasa vestimenta del primitivo cavernícola. Es mi esperanza que si logramos evadir estas dos turbonadas, tal vez nos quede tiempo aún para cultivar nuestro jardín.

MANUEL MALDONADO DENIS  
*Universidad de Puerto Rico*

FRANCO VENTURI, *Roots of Revolution: A History of the Populist And Socialist Movements in Nineteenth Century Russia*, (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1960), 850 págs.

El bolchevismo leninista debe tanto (o quizás más) al grupo de intelectuales radicales rusos que al propio Karl Marx. En este extenso volumen el profesor Venturi de la Universidad de Turin, quien en un tiempo actuara como *attaché* cultural de Italia en Moscú, estudia el movimiento radical desde 1848 hasta 1881. Aunque era un movimiento limitado a un grupo muy pequeño de intelectuales, tenía como objetivo el ganarse las simpatías de las masas, por lo que el término Populismo se ha usado generalmente para designar a este grupo de protesta social. El populismo nunca fue un partido político determinado y ni tan siquiera un cuerpo doctrinario coherente —los miembros dentro del grupo diferían sobre cuestiones de medios y fines—; sin embargo, existía común acuerdo sobre la necesidad de establecer un nuevo orden de justicia e igualdad social.

El profesor Venturi nos presenta, en forma muy hábil y objetiva, una narración esencialmente cronológica de las actividades revolucionarias en Rusia durante este período tan cuajado de energía revolucionaria. El funesto año 1948, que para gran parte de Europa marca el cese de toda actividad revolucionaria efectiva, significa para Rusia el comienzo, o al menos la aceleración de la lucha revolucionaria. De Alexander Herzen en adelante, muchos de los revolucionarios rusos esperaban compensar el fracaso de las revoluciones de Europa Occi-